

lo menos se obtendría una demora, siendo de gran provecho en aquellas circunstancias ganar tiempo.

A pesar del abatimiento y del malestar causado por el dolor y las calenturas, habría prestado Maximiliano más atención al proyecto que le proponían respecto á la fuga, si no hubiera esperado que sobrevendría una solución pacífica; si dudó fué debido á su carácter irresoluto que creía en el perdón y en la magnanimidad, sentimientos que no se avenían con aquellas circunstancias, en que tenía que responder de la sangre derramada por un partido político que le usó como instrumento y se aprovechó de su ambición. Aquella creencia en el perdón se reflejó en sus escritos, olvidando su conducta al pedir al Nuevo Mundo una corona no encontrada en el Antiguo y cuando no le era forzoso llevarla, y si al principio pudo equivocarse acerca de los sufragios de la Nación mexicana, debió al llegar al territorio mexicano haber conocido, casi palpado, el engaño en que pudiera haber caído.

Aunque valiente y generoso, carecía Maximiliano de la audacia y el atrevimiento en que, para el éxito, ha de ir apoyada la ambición; liberal por exigencia política y por la marcha del siglo, era ultramontano por tradición y estaba amantado con el derecho divino; voluble en sus resoluciones, deshacía hoy lo que ayer había formado con su anhelo, y siempre se manifestaba irresoluto en cuanto al mejor camino que había de seguir, principalmente cuando tropezaba con el modo de ser de las razas que viven en las zonas cálidas, tan distinto del de las que habitan en los climas del Norte.

Desde el 10 de Junio era general la convicción, en los que trabajaban por salvar á Maximiliano, de que no quedaba más recurso que la fuga y nuevamente comenzaron á trabajar por llevarla á efecto, no obstante que ya habían tomado los vencedores las precauciones consiguientes para evitarla, entre las cuales se contó la de que dos oficiales armados vigilasen constantemente la puerta de la celda que ocupaba Maximiliano. (1)

Aunque perdidas casi las esperanzas de salvarle, no se abandonaba el proyecto muy natural de la fuga, de cuyo asunto se había constituido campeón la Princesa Inés de Salm, que consideraba posible cohechar á dos coroneles republicanos, dando cien mil pesos á cada uno, y aun se esforzó en conseguir la firma de Maximiliano, puesta en libranzas á cargo de la familia imperial de Austria. (2)

(1) Volvió á presentarse el proyecto referente á que se dirigiese Maximiliano á la Sierra Gorda y después á Veracruz, donde se suponía que hallaría reunido un millón de pesos, con el cual se comprarían provisiones en la Habana y se pagarían las tropas que en Yucatán aun permanecieran adictas al Imperio; así podría sostenerse en tanto que Miramón y Mejía se esforzaban en el interior del país para lograr que la causa de Maximiliano tomara otra vez aspecto favorable.

(2) A veces el prisionero, abandonándose á su fantasía, proyectaba dirigirse á Cadiz, donde colocaría á sus más adictos partidarios, especialmente á Miramón, Castillo, Mejía y García Aguirre, se uniría á su esposa y visitaría á la Archiduquesa Sofía, yendo á pasar el invierno en Nápoles, en el Oriente ó en el Brasil. Pero ante la realidad se desvanecieron de pronto esas ilusiones y entonces

Sintiéndose enfermo este prisionero, generalmente permanecía en cama hasta el medio día; á veces se levantaba durante algunas horas. En la prisión dió condecoraciones y ascensos con fecha anterior al término de su gobierno.

Maximiliano, al entrar en los arreglos de su fuga, declaró terminantemente á Salm que no se evadiría sin Miramón y Mejía. Por lo tanto, habría que dar pasos conforme á tal resolución. El oficial de infantería que estaba en el complot, aseguró que nada podía arreglar en este sentido y que entonces la evasión no podría llevarse á efecto. (1)

Maximiliano resolvió que no se fugaría la noche del 2 de Junio, fecha apalabrada para ello, y habiendo preguntado el coronel Salm qué razones tenía para proceder así, pues oportuna más favorable para la fuga no podía presentarse, contestó:

—¿Qué dirían de mí los ministros á quienes he invitado á venir acá, si llegaran y no me encontrasen? (2)

Con esta resolución se mantuvo y procuró calmar los temores por su vida, diciendo:

—No han de estar tan de prisa, unos días más ó menos no harán diferencia.

Era consiguiente que los oficiales de la guardia que estaban en el complot para la fuga, se manifestaran disgustados, ya sea porque perdían las recompensas

dictó las disposiciones para morir, habiendo dado instrucciones para que se pusieran buenos tiradores el día de la ejecución, que estos le apuntaran al pecho, y que á la vez que á él, tiraran sobre los generales Mejía y Miramón.

(1) En las Memorias del Príncipe Salm-Salm hay una clave, que asegura fué convenida entre él y Maximiliano para comunicarse en la prisión; también refiere que cohechó á varios oficiales y que todo lo tenía listo para la fuga, pero que ésta no se llevó á cabo porque precisamente el 2 de Junio, señalado para efectuarla, se supo que llegaría pronto á Querétaro el Barón de Magnus, y Maximiliano no quiso que le encontrara prófugo. Uno de los incidentes que con motivo de la fuga refiere Salm, es el siguiente: "El 30 de Mayo, cuando estaba yo almorzando, encontré en el pan la siguiente nota escrita con lapiz: "necesito indispensablemente hilo negro para amarrar, cera para pegar, y si fuera posible, un par de anteojos. Es necesario que en el caballo se coloquen dos zarapes, dos sombreros y un cable. Que no se olvide el pan ó bizcochos, vino blanco y chocolate. También un látigo de montar es necesario." Comenta Salm esa nota, diciendo que el Emperador no quería cortarse su larga barba, sino amarrarla con el hilo detrás del pescuezo, y que se pondría unos anteojos; quería evitar el ridículo en que caería, dado caso de que fuese nuevamente preso, recordando el papel que había hecho el General Casanova al quitarse sus enormes bigotes para mejor disfrazarse y á quien apenas habían reconocido sus más íntimos amigos.

Se había convenido en que la fuga sería primero para la Sierra Gorda y de allí á Tlaxpan, de cuyo punto se dirigirían á Veracruz, donde esperaba Maximiliano lograr mejores condiciones de los republicanos, especialmente para los súbditos que habían permanecido fieles. Refiere Salm que Maximiliano llegó á dictar las instrucciones para los buques austriacos que habían de recorrer la costa. Se pensó en buscar un buen guía para ir á la Sierra, y se convino con Salm en que no supiera el proyecto el Dr. Basch, porque descubriría el asunto á causa de lo impresionable de su sistema nervioso.

(2) Los datos relativos á la fuga pertenecen en su mayor parte al escritor Salm.

...sas prometidas, ya porque se había divulgado el plan y si no se llevaba á cabo la misma noche convenida, probablemente los relevarían de sus puestos. Presumíase que los oficiales comprometidos, luego que notaron que se sospechaba de ellos, dieron conocimiento del asunto á los jefes superiores, presentando el caso solamente como un medio para hacerse de dinero y para averiguar las intenciones de los prisioneros.

Que el asunto de la fuga se había descubierto no tiene duda, pues al regresar Salm á su celda, después de acompañar á Maximiliano, entró á ella el General Paz y le dijo:

—Ha tratado Usted de efectuar la fuga de Maximiliano. Si acaso repite Usted esto, se le fusilará en el acto.

A consecuencia de haberse descubierto el plan de fuga, la Princesa fué obligada á salir de Querétaro y su esposo quedó incomunicado. Doña Inés de Salm fué conducida al pueblo de Santa Rosa, donde se le puso en libertad, previniéndole que no regresara á Querétaro, y entonces se dirigió á San Luis Potosí. También les fué ordenado á los ministros extranjeros que abandonaran á Querétaro en el término de dos horas, comprendiendo la disposición al encargado de negocios de Austria, y á los de Bélgica é Italia, pues el de Prusia no regresaba aún de San Luis Potosí.

Poco después fué conducido Salm á reunirse con los demás generales que estaban listos para pasar al Casino, custodiados por una escolta al mando del coronel Palacio; la vigilancia se aumentó y se tomaron muchas precauciones para que acabaran los designios de fuga, y cuando disminuyeron las guardias, se notificó á los prisioneros que se abstuvieran de toda intriga para fugarse, pues al instante que se descubriese serían fusilados.

En la mañana del 11 de Junio fueron trasladados algunos generales prisioneros, nuevamente al convento de las Teresitas, donde había más seguridad para retenerlos, custodiándolos el batallón de Supremos Poderes, en el que fueron refundidos algunos cazadores del batallón imperialista de este nombre. (1)

(1) La Princesa de Salm consideraba ya el 13 de Junio concluidos los preparativos para la fuga que debería efectuarse en la noche siguiente; se había conseguido que las dos libranzas de cien mil pesos fueran firmadas por el Barón de Lago, quien se empeñaba en que las cubriesen también las firmas de los otros ministros extranjeros. La Princesa de Salm esperaba con impaciencia, pues por la tarde debería concluir el asunto con los jefes militares que la habían puesto por condición, para seguridad adicional, las firmas de los ministros. Maximiliano había franqueado á la Princesa Salm el anillo con el sello real, conviniendo en que le sería devuelto.

El representante de Austria, Barón de Lago, luchó consigo mismo antes de poner su firma en las libranzas; cuando para obtener este requisito fué á verle el doctor Basch, se alteró el Barón de tal manera, que atravesaba á grandes y precipitados pasos el aposento; mesándose el cabello, exclamaba: ¡No podemos firmarlas; si lo hacemos nos colgarán á todos! Los otros ministros extranjeros, sin mostrarse tan excitados, suplicaron al doctor manifestase á Maximiliano, que si los dos coroneles se hallaban realmente dispuestos á salvarle, quedarían satisfechos con sólo la firma de él; pero



*Don Mariano Rivapalacio,*

Defensor de Maximiliano de Hapsburgo.

Al caer prisionero en Querétaro el Emperador Maximiliano, traído por la Intervención Francesa, dispuso el gobierno de D. Benito Juárez que se formara la causa conforme á la ley de 25 de Enero de 1862. Entre los defensores designados por Maximiliano, fué primero el Sr. Rivapalacio, quien para salvar á su defenso, creyó conveniente dirigirse á San Luis Potosí con objeto de conferenciar con el Presidente Juárez. Desempeñó en encargo de defensor con tanta conciencia, que agradecida la Corte de Austria, obsequió al Sr. Rivapalacio con una hermosa vajilla de metal.